

siete años, raramente es bueno. Para mejorar el mío, mi profesor de retórica me ordenó un estudio atento de las obras completas de Casimiro Delavigne. No seguí su consejo. Sófocles me había hecho adquirir ciertas inclinaciones, de que no pude desprenderme. Aquel profesor de retórica no me parecía entonces, y no me parece ahora tampoco, un exquisito literato; pero á un espíritu triste, unía un carácter recto y un alma altiva. Si nos enseñó algunas herejías literarias, también nos enseñó con su ejemplo lo que es un hombre honrado.

Esta ciencia tiene su valor. El señor Charron fué siempre respetado por sus discípulos, pues los niños aprecian con perfecta precisión el valor moral de sus maestros. Lo que yo pensaba hace veinticinco años respecto al injurioso jorobado y al honrado Charron, lo sigo pensando aún.

Pero la noche descende sobre los plátanos del Luxemburgo, y el fantasma que había evocado desaparece en la sombra. ¡Adiós, pequeño *yo* que perdí, cuya ausencia lamentaría siempre si no resucitaras mejorado en mi hijo!

XI

EL BOSQUE DE LOS MIRTOS

I

Había yo sido un niño muy inteligente, pero á los diez y siete años me volví estúpido. Mi timidez era tanta, que no podía ni saludar ni sentarme junto á cualquiera sin que bañara el sudor mi frente. La presencia de las mujeres me comunicaba una especie de espanto. Observaba al pie de la letra aquel precepto de la *Imitación de Jesucristo*, que me habían enseñado en no sé qué clase, y que no olvidé, porque los versos, que son de Corneille, me parecieron chocantes.

Fuis avec un grand soin la pratique des femmes;
ton ennemi par là peut savoir ton défaut.
Recommende en commun aux bontés de Tres-Haut
celles dont les vertus embellissent les âmes,
et, sans en voir jamais qu'avec un prompt adieu,
aime-les toutes, mais en Dieu.

Seguí el consejo de un fraile místico; pero si le seguía era muy á pesar mío. Hubiera deseado verlas con más calma.

Entre las amigas de mi madre había una con la cual me hubiera gustado estar y hablar mucho rato. Era la viuda de un pianista célebre, que murió muy joven, Adolfo Gance. Se llamaba Alicia. No había yo visto bien ni sus cabellos, ni sus ojos, ni sus dientes... ¿Cómo puede verse aquello que flota, brilla, resplandece, deslumbra? Pero me parecía más bonita que un sueño y con un resplandor sobrenatural. Mi madre solía decir con frecuencia que, detallando los rasgos de la señora de Gance, no se advertía en ellos nada extraordinario. Cada vez que mi madre expresaba aquel sentimiento, mi padre sacudía la cabeza con incredulidad. Sin duda mi excelente padre sentía lo mismo que yo no detallando las perfecciones de la señora de Gance. Y digan lo que quieran de los detalles, el conjunto era encantador. No crean ustedes á mamá; les aseguro que la señora de Gance era hermosa. La señora de Gance me atraía: la belleza es una cosa muy suave; la señora de Gance me daba miedo: la belleza es una cosa terrible.

Una noche que mis padres recibían á varias personas, la señora de Gance entró en el salón con un semblante bondadoso que me animó un

tanto. A veces tomaba junto á los hombres, la actitud de una reina que echa de comer á los pajaritos. Luego de pronto afectaba un gesto altivo, su fisonomía se helaba y Alicia agitaba su perfumado pañuelo como para alejar el asco que la envolvía. Yo no me explicaba aquello. Hoy me lo explico perfectamente; la señora de Gance era coqueta, eso es todo.

Decíales que al entrar aquella noche en el salón concedió á todos los presentes, y hasta al más humilde, que era yo, algunas migajas de su sonrisa. No apartando de ella la mirada, me pareció sorprender en sus hermosos ojos una expresión de tristeza que me trastornó. Observarán ustedes, que yo era una criatura bondadosa. La suplicaron que tocara el piano. Tocó un nocturno de Chopin: jamás oí nada tan hermoso. Me parecía sentir los dedos de Alicia—sus dedos largos y blancos, de los que acababa de quitarse las sortijas—, rozándome los oídos con una caricia celestial.

Cuando hubo terminado, instintivamente, y sin pensar en conducirla á su sitio, fui á sentarme á su lado. Al sentir los perfumes de su seno, cerré los ojos. Me preguntó si me gustaba la música; su voz me estremeció. Abrí los ojos y vi que me miraba; aquella mirada fué mi perdición.

—Sí, señor—contesté emocionado...

Puesto que la tierra no me tragó, es que la na-

turalaleza es muy indiferente á los deseos más ardientes de los hombres.

Pasé la noche en mi cuarto llamándome idiota y bruto y dándome puñetazos en la cara. Por la mañana, después de haber reflexionado largamente, no me reconcilié conmigo mismo. Me decía: «Querer decir á una mujer que es hermosa, más que hermosa, que sabe arrancar al piano suspiros, sollozos y lágrimas, y poder articular solamente estas dos palabras: «*Sí, señor*», es carecer más que de criterio, del don de expresar lo que se piensa. Pedro Nozière: eres un inválido, ve á esconderte.»

¡Ay de mí! Ni siquiera podía ocultarme por completo. Tenía que aparecer en clase, en la mesa, en paseo. Escondía los brazos, las piernas, el cuello, como mejor podía. Pero me veían aún y era muy desgraciado. Con mis compañeros tenía la facilidad de dar y recibir puñetazos; siempre es un recurso. Pero con las amigas de mi madre era lamentable mi actitud: Comprendía la bondad del precepto de la *Imitación*:

Rehuye con cuidado el trato de mujeres.

«Qué consejo más saludable—me decía—. Si hubiese huído de la señora de Gance aquella noche funesta en que tocando un nocturno con tanta poesía, comunicó al aire no sé qué estremeci-

vivieron en su tiempo Claudio y René, recorrí el país, interrogué al cura; pero no supé nada que pudiera darme á conocer la muchacha cuya sombra había visto.

Hoy no sé si debo creer á la posadera. No sé si algún fantasma visitaba en la soledad del *Bocage* á los campesinos entre los cuales he vivido, y si la sombra hereditaria que se aparecía á mis abuelos huraños y místicos, se ha mostrado con una gracia nueva á su descendiente soñador.

¿He visto en la posada de San Juan al demonio familiar de los Nozière y me fué anunciado aquella noche de invierno que mi parte en las cosas del mundo sería mejor, y que la indulgente naturaleza me había concedido el más preciado de sus dones, el don de los ensueños?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mientos; si la hubiese huído no me hubiera preguntado ella: «¿Le gusta á usted la música?» Y no la hubiera contestado yo: «Sí, señor.»

Aquellas dos palabras: «Sí, señor», resonaban en mis oídos. El recuerdo estaba siempre presente en mi memoria, ó mejor dicho, por un horrible fenómeno de conciencia, me parecía que habiéndose súbitamente detenido el tiempo, yo no había salido aún de aquel momento en que articulé aquella torpeza irreparable: «Sí, señor.» Era más que un remordimiento lo que me atormentaba; el remordimiento es menos amargo aún. Permanecí en una triste melancolía durante seis semanas, al cabo de las cuales hasta mis padres advirtieron que yo estaba imbécil.

Lo que completaba mi imbecilidad era que tenía tanta audacia en la intención como timidez en los modales. Generalmente la inteligencia de los jóvenes es ruda. La mía era inflexible. Creía poseer la verdad. Era violento y revolucionario, cuando estaba solo.

Estando solo, ¡qué atrevido, qué ocurrente resultaba yo! Mucho he cambiado desde entonces. Ahora no siento ninguna timidez entre mis contemporáneos. Me trato con los que tienen más talento que yo y con los que tienen menos, contando con la indulgencia de todos. Por el contrario, no estoy muy tranquilo frente á mí mismo... Pero

estoy relatando una historia de cuando yo tenía diez y siete años. Comprenderán ustedes que entonces aquella timidez y aquella audacia unidas hicieran de mí un ser por completo absurdo.

Seis meses después de la horrible aventura que acabo de referir, habiendo acabado mi curso de retórica con alguna brillantez, mi padre me envió á pasar las vacaciones en el campo. Me recomendó á uno de sus más humildes y de sus más dignos colegas, un médico de pueblo que ejercía su profesión en San Patricio.

Allí me fuí. San Patricio es un pueblecito de la costa normanda adosado á un bosque y que descende suavemente hacia una playa de arena encerrada entre dos acantilados. Aquella playa estaba entonces desierta y bravía. El mar, que veía yo por primera vez y el bosque cuya calma era tan suave, me causaron al principio una especie de encanto. La vaguedad de las aguas y de las hojas estaba en armonía con la vaguedad de mi alma. Recorría el bosque á caballo: me arrastraba medio desnudo por la playa, dominado por el deseo de alguna cosa desconocida, que adivinaba en todas partes sin encontrarla en ninguna.

Solo todo el día, lloraba sin motivo; á veces sentía mi corazón dilatado con tanta fuerza que me creía morir. Experimentaba una profunda emoción. ¿Pero habrá en el mundo una calma

tan gozosa como la inquietud que yo sentía? No. Atestígüenlo aquellos bosques cuyas ramas azotaban mi rostro; atestígüelo aquel acantilado desde donde yo contemplaba el sol descendiendo en el mar; nada vale tanto como el mal que me atormentaba, nada vale tanto como los primeros ensueños de los hombres. Si el deseo embellece todos los objetos sobre los cuales se posa, el deseo de lo desconocido embellece al universo.

He tenido siempre con bastante agudeza extrañas inocencias. Hubiera quizá ignorado durante varios días la causa de mi emoción y de mis vagos deseos. Pero un poeta me la reveló.

Sentía por los poetas, desde que me llevaron al colegio, una afición que felizmente he conservado. A los diez y siete años adoraba á Virgilio y le comprendía casi tan bien como si mis profesores no me lo hubiesen explicado. Durante las vacaciones siempre llevaba un Virgilio en el bolsillo. Era una modesta edición de Londres, que aún conservo. Lo guardo todo lo cuidadosamente que puedo guardar una cosa; flores desecadas salen de entre sus hojas cada vez que lo abro. Las más antiguas de dichas flores, provienen de aquel bosque de San Patricio donde fuí tan infeliz y tan venturoso á los diez y siete años.

Un día que pasaba yo solo por la linde de aquel bosque, respirando con delicia el perfume

de los henos segados, mientras que la brisa del mar humedecía mis labios, experimenté un invencible sentimiento de abandono y me senté sobre la tierra mirando durante largo rato las nubes del cielo.

Luego, por costumbre, abrí mi Virgilio y leí: *Hic quos durus amor...*

«Aquellos á quienes un lamentable amor ha hecho perecer en una cruel languidez, vagan ocultos por los caminos misteriosos; y el bosque de mirtos extiende su sombra en torno suyo...»

«Y el bosque de mirtos extiende su sombra...»
¡Oh! bien conocía yo el bosque de mirtos, dentro de mí estaba! Pero yo no sabía cómo llamarlo. Virgilio acababa de revelarme con su nombre la causa de mi mal. Gracias á él, supe que amaba.

Pero no sabía aún á quién amaba. Me fué revelado al invierno siguiente cuando volví á ver á la señora de Gance. Sin duda han sido ustedes más perpicaces que lo fui yo. Lo han adivinado; era Alicia á quien yo amaba. Admiren mi fatalidad. Amaba precisamente á la mujer ante la cual me había cubierto de ridículo y que debía pensar de mí todo lo peor. Era cosa de desesperarse. Pero entonces no se acostumbraba la desesperación. Nuestros padres, usándola demasiado, la agotaron. No hice nada terrible ni grande. No fui á ocultarme bajo las bóvedas ruinosas de un antiguo

claustro; no paseé mi melancolía por los desiertos; no llamé á los aquilones. Fui solamente muy desgraciado y me hice bachiller.

Hasta mi dicha era cruel; consistía en ver y oír á Alicia y en pensar: «Es la única mujer del mundo á quien yo puedo querer; soy el único hombre á quien ella no puede sufrir.» Cuando tocaba el piano, yo volvía las hojas mirando los ligeros cabellos que flotaban sobre su blanca nuca. Pero para no exponerme á decirla otra vez «Sí, señor», formé la resolución de no dirigirle nunca la palabra. Varios cambios surgieron en mi vida y perdí de vista á Alicia sin faltar á mi resolución.

II

He vuelto á ver á la señora de Gance en un balneario, en la montaña, este verano. Medio siglo pesa hoy sobre la belleza que me comunicó las primeras y las más deliciosas emociones. Pero su belleza conserva tanto atractivo aún, que me hizo quebrar mi propósito de adolescente.

—Buenos días, señora—dije á la señora de Gance.

Y la emoción de los primeros años no turbó en mí la mirada ni la voz.

Me reconoció sin dificultad. Nuestros recuerdos nos unieron y nos ayudamos mutuamente á amenizar con nuestras conversaciones la vida monótona del hotel.

Nuevos lazos se formaron entre nosotros dos, y estos lazos serán muy sólidos; es la comunidad de cansancios y de penas quien los forma. Todas las mañanas hablábamos—sentados en un banco verde, al sol—de nuestros reumas y de nuestros pesares. Para entretenernos, uníamos el pasado con el presente.

—¡Qué deliciosa era usted—la dije un día—y qué admirada!

—Es cierto—me respondió sonriendo—. Ahora que soy vieja puedo decirlo; gustaba mucho. Este recuerdo me consuela de envejecer. He sido objeto de homenajes bastante halagüeños. Pero le sorprendería á usted mucho si le dijese cuál es entre todos los homenajes, el que más me ha enternecido.

—Tengo curiosidad por saberlo.

—Pues voy á revelárselo. Una noche (hace mucho tiempo) un colegial sintió al mirarme tal emoción, que contestó «*Si, señor*» á una pregunta que yo le hacía. No hay prueba de admiración que me haya agradado tanto y satisfecho más que aquel «*Si, señor*» y la manera con que fué dicho. No sé lo que me contuvo, de buena gana le hubiera besado en las mejillas.

XII

LA SOMBRA

Cuando yo tenía veintiún años, me aconteció una aventura extraordinaria. Habiéndome enviado mi padre á Maine para arreglar unos asuntos de familia, salí una tarde del pintoresco pueblecito de Ernée, para ir siete leguas más allá, á visitar en la pobre parroquia de San Juan, la casa, desierta ahora, que abrigó durante doscientos años á mi familia paterna. Estábamos á primeros del mes de Diciembre. Nevaba desde por la mañana. El camino que se dibujaba entre dos setos vivos, era muy desigual por varios sitios, y nos costaba gran trabajo á mi caballo y á mí evitar los baches.

Pero á los cinco ó seis kilómetros de San Juan, mejoró bastante, y á pesar del viento furioso que se desencadenó y de la nieve que me azotaba la cara, puse mi caballo al galope. Los árboles del camino huían á uno y otro lado como sombras deformes y dolorosas en la obscuridad nocturna. Eran horribles aquellos árboles negros, con la copa recortada, cubiertos de tumores, llagados, con los

brazos retorcidos... Me inspiraban cierto temor á causa de lo que el vicario de San Marcelo de Ernée me había contado la víspera. Uno de aquellos árboles—me dijo el vicario—uno de los viejos mutilados del *Bocage*, un castaño desmochado de más de doscientos años, y hueco como una torre, fué rasgado de arriba á abajo por un rayo el 24 de Febrero de 1849. Entonces, al través de la hendeduda, vieron dentro un esqueleto de hombre que estaba de pie, teniendo á su lado un fusil y un rosario. Sobre un reloj hallado á los pies de aquel hombre, leyeron el nombre de Claudio Nozière. Aquel Claudio Nozière, tío de mi padre, fué en vida contrabandista y bandolero. En 1794 peleó en la guerra legitimista alistado á la partida de Treton, *Pierna de Plata*. Gravemente herido, perseguido y alcanzado por los azules, fué á ocultarse y á morir en el hueco de aquel árbol. Ni sus amigos ni sus enemigos supieron qué había sido de él; y medio siglo después, el viejo insurgente fué descubierto por un rayo.

Pensaba en él viendo huir los árboles del camino, y apresuraba la marcha de mi caballo. Había cerrado la noche cuando llegué á San Juan.

Entré en la posada, cuya muestra hacía rechinar tristemente su cadena con el viento en la sombra, y después de haber llevado yo mismo mi

caballo á la cuadra, entré en la sala baja y me tumbé en una antigua poltrona junto á la chimenea. Mientras me calentaba pude ver, al resplandor de la llama, el rostro de la posadera. Era el de una horrible vieja. En su cara, bastante terrosa, sólo se veía una nariz carcomida y dos ojos apagados entre unos párpados sanguinolentos. Me contemplaba con desconfianza, como á un extraño, por lo cual, para tranquilizarla, la dije mi nombre, que debía conocer. Respondió, meneando la cabeza, que ya no quedaba ningún Nozière. Sin embargo, se dignó prepararme la cena. Echó un leño en la lumbre y salió.

Yo estaba triste, fatigado y atormentado por una indecible angustia. Imágenes sombrías y violentas asaltaban mi imaginación. Me dormí un momento, pero en mi sueño seguía oyendo los gemidos del huracán, cuyas ráfagas empolvaban mis botas con la ceniza del hogar.

Cuando al cabo de algunos minutos abrí los ojos, vi lo que no olvidaré nunca, vi distintamente en el fondo del cuarto, sobre la pared enjalbegada, una sombra inmóvil: la sombra de una muchacha. El perfil era tan suave, tan puro y tan encantador, que al verla sentí mi cansancio y mi tristeza convertirse en un sentimiento de admiración.

Creo que la contemplé durante un minuto; de

todos modos es posible que mi encantamiento fuese más corto ó más largo, pues no tengo ningún medio de apreciar su verdadera duración. Volví la cabeza para ver á quién pertenecía tan deliciosa sombra. No había nadie en la sala... Nadie más que la posadera, que colocaba un mantel blanco sobre la mesa.

Miré de nuevo á la pared; la sombra había desaparecido.

Entonces, algo como una pena de amor me invadió el corazón y la pérdida que acababa de sufrir me desoló.

Reflexioné algunos instantes con perfecta lucidez, y luego dije:

—Oiga, señora, ¿quién estaba aquí hace un momento?

La posadera, sorprendida, me dijo que no había nadie.

Corrí á la puerta. La nieve, cayendo con abundancia, cubría el suelo y ningún paso estaba impreso en ella.

—¿Está usted segura que no hay ninguna mujer en la casa?

Respondió que no había ninguna.

—Pero, ¿y la sombra?—exclamé.

Se calló.

Entonces hice esfuerzos para precisar, según los principios de una física exacta, el lugar que

ocupó el cuerpo cuya sombra yo vi, y señalando con el dedo:

—Ahí estaba—la dije.

La vieja se acercó con un candil en la mano y detuvo en mí sus horribles ojos sin expresión; luego:

—Ahora me convenzo—dijo—de que usted no me ha engañado. Sin duda es un Nozière... ¿Acaso es usted hijo de Juan, el doctor de París? He conocido á su tío René. También él veía una mujer que nadie más vió. Es preciso creer que es un castigo de Dios sobre toda la familia por la culpa de Claudio, que perdió su alma con la mujer del panadero.

—¿Habla usted—la dije--de Claudio, cuyo esqueleto fué hallado en el tronco hueco de un árbol con un fusil y un rosario?

—Señorito, el rosario de nada le servió. Se ha condenado por una mujer.

La vieja no dijo más. Apenas pude probar el pan, los huevos, la manteca y la sidra que me servía. Mis miradas se dirigían sin cesar á la pared donde había visto la sombra. ¡Oh, sí que la había visto! Era esbelta y más recortada de lo que debiera ser una sombra producida naturalmente por la claridad temblorosa de la lumbre y la llama humeante de un candil.

Al día siguiente visité la casa desierta donde

EL LIBRO DE SUSANA